



ELLIE
ST. CLAIR

*Los
escándalos
de las
inconformistas
Libro 4*

El
Experimento
del Criado

¿Cómo va a poder proteger a una mujer de su mayor peligro, ella misma?

Jemima St. Vincent vive ahora en una de las mejores casas de Londres, pero eso no significa que su manera de ser haya cambiado nada. Su mayor deseo es convertirse en una química famosa, aunque ello implique ir dejando a su paso unos cuantos incendios. A los veintiséis años tiene claro que va a tener que mantenerse y vivir la vida por su propia cuenta, pues ha quedado bastante claro en numerosas ocasiones que ningún soltero de la alta sociedad londinense tiene las menores ganas de casarse con la peculiar hermana de un hombre que carece de fortuna, por muy duque que sea. Y, desde sus humildes orígenes, las cosas han cambiado mucho para Archie Thompkins, el criado y al mismo tiempo también el mejor amigo de ese duque recién llegado a la nobleza como caído del cielo. Eso no significa que se sienta siempre a gusto con su nueva vida, sobre todo ahora que algunos secretos de su pasado han empezado a acecharlo. La única forma de enfrentarse a ellos es hacer lo que siempre se le ha dado mejor: proteger a las personas que ama.

Archie accede a cuidar a la hermana de su mejor amigo, pese a que ambos no se llevan nada bien y a la insistencia de la joven en no depender ni obedecer a nadie. Pero a ambos les sorprende la aparición entre ambos de ciertas llamas que no tienen nada que ver con los anteriores incendios. Cuando el pasado de Archie empieza a amenazar a Jemima, el joven tiene que evaluar si la chica va a correr más riesgos estando con él, pese a que no desee otra cosa que cuidar de ella. En cualquier caso, a Jemima nunca le ha importado jugar con fuego... siempre y cuando ese hombre tan terco se lo permita.

Capítulo 1

LONDRES, 1822

Jemima se inclinó para mirar atentamente el líquido del cuenco que estaba frente a ella. Su aspecto era completamente inocuo, aunque en realidad era peligroso si se ingería. Lo mismo que muchos otros productos químicos, claro. Negó con la cabeza para dejar de pensar en cosas que la desconcentraban y centrarse por completo en la tarea que tenía entre manos.

Agarró el vial con nitrato de amonio en polvo que había colocado antes en las cercanías, le añadió una pizca de zinc, agitó la mezcla y la depositó en un matraz que estaba junto al cuenco. Se levantó y tomó aire con fuerza. Era el momento de la verdad. Se apretó la cinta del pelo para asegurarse de que no le cayera ningún mechón sobre la cara y se colocó las gafas sobre la nariz. Su función principal era proteger los ojos de cualquier líquido o gas que pudiera alcanzarlos, aunque también se planteaba la posibilidad de colocar lentes para mejorar la visión. Últimamente no era capaz de ver los objetos con la misma claridad y precisión que antes.

En cualquier caso, a Jemima no le apetecía llevar gafas constantemente. Ya empezaba a ser conocida por su actividad científica, y ciertas personas incluso rehuían su compañía, por lo que no quería contribuir a ponerse en ridícu-

lo. Pero tampoco quería que nadie siquiera imaginara esa íntima coquetería.

La última vez que había añadido ácido hidráulico a los polvos, el resultado no había sido del todo bueno, pues produjo un leve parpadeo que enseguida desapareció. Ahora estaba segura de que lo había fijado perfectamente.

Se retiró a una distancia prudencial y estiró el brazo para dejar caer unas gotas sobre los polvos. Con eso sería suficiente.

Se produjo una intensa llamarada en el matraz. El brillo de las mismas llegó hasta la superficie, haciendo a su vez que brillara todo el contenido.

—¡Ahí está!

El grito de Jemima se escuchó fuera de los límites del invernadero, pero nadie pudo escucharlo excepto ella misma.

—Fuego instantáneo —musitó entre dientes, pero frunció el ceño cuando las llamas empezaron a crecer—. Muy inflamable. Quizá lo suficiente como para conseguir una solución más fácil, pero...

Empezó a tomar notas para registrar sus observaciones sobre el líquido, pero al cabo de un momento le empezó a arder la cara del calor que despedía, y apartó la vista.

—¡Vaya, qué calor!

En lugar de reducirse a cenizas, tal como había previsto que ocurriera, el fuego alcanzó la hoja de papel que había utilizado para hacer sus cálculos. Retiró a toda prisa todos los materiales que rodeaban el cuenco para que no se prendiera fuego nada. Salvo... la madera de la mesa.

—¡No, no, no...! —gritó cuando el fuego, que según pudo comprobar era de color naranja y muy brillante, empezó a danzar alrededor del cuenco metálico, alcanzando la mesa que había debajo.

—¡Para ya! —gritó mientras buscaba algo para apagar las llamas. ¿Qué podía utilizar? ¿O acaso la nueva sustan-

cia que había formado sería tan potente como para seguir alimentando el fuego incluso sin oxígeno? Tenía que probar...

Jemima hizo un gran esfuerzo para no ser presa del pánico, alejando de su mente la visión de la preciosa, recién renovada y acabada mansión londinense de su hermano reducida a escombros debido al incendio que estaba provocando. En su momento se plantearon la posibilidad de construir un cortafuegos metálico, pero ella prefirió una habitación amplia y luminosa.

Igual había sido un error, y muy grave.

Jemima estuvo a punto de echarse a llorar al rasgar la cortina de una de las ventanas para sofocar con ella el fuego que ya crepitaba sobre la mesa de madera.

Las llamas desaparecieron, ahogadas por la gruesa tela, y tragó saliva aliviada al tiempo que los latidos del corazón recuperaban poco a poco su ritmo normal. «Todo va bien, ya ha pasado», se repitió a sí misma una y otra vez.

Pero en ese momento, de la tela surgió una nueva y potente llamarada.

* * *

ARCHIE THOMPkins EMPEZÓ A QUITARSE el algodón y las vendas con las que se había protegido los nudillos para protegérselos mientras entrenaba. Las colgó del gancho de la pared, junto a los de su mejor amigo... a cuyo servicio estaba, por cierto.

—Bueno, Archie —dijo secamente Valentine St, Vincent, sexto duque de Wyndham—, me has ganado otra vez. Creo que deberías dejarme ganar, soy tu jefe...

Archie se encogió de hombros.

—Por eso me mantienes contigo, ¿verdad? Para tener al lado al menos una persona honesta que no se deja intimidar por tu título...

–No te equivocas –dijo Val pasándose la mano por el abundante cabello, tan húmedo por el sudor como el del propio Archie–. Además, si no fuera por ti no podría mejorar.

–¿Qué pasa, que los nobles con los que peleas no están a tu altura?

Val no pudo por menos que sonreír, pues a ninguno de los dos les gustaba la manera de ser y de comportarse de los nobles como él.

–Tengo más o menos la misma opinión que tú acerca de sus habilidades –dijo Archie aparentando cierta indiferencia, pues no consideraba conveniente dejarse llevar por el mucho aprecio que sentía hacia Val. Eran muy buenos amigos desde la infancia, eso era cierto, pero sabía que a él no le gustaría que lo demostrara demasiado–. Ya sabes, necesito una pelea de vez en cuando para mantenerme cuerdo.

Val asintió, y ambos echaron a andar para salir de la sala que antes era una galería pero que había sido transformada en *ring* de boxeo y una zona de entrenamiento anexa.

El boxeador de renombre era Val, pero en realidad los dos formaban uno de los equipos más compenetrados que podían encontrarse en el deporte. Fue Archie quien introdujo a su amigo en el mundo del boxeo, que él mismo había abandonado hacía tiempo como profesional, y ahora solo se dedicaba a preparar y entrenar a Val.

Archie abrió la puerta y se dirigió hacia la zona adjunta con duchas que había diseñado Rebeca, la esposa de Val y arquitecta que había diseñado la reforma de la casa. Valentine insistía en que Archie no tenía por qué seguir trabajando como su ayuda de cámara, pero él quería ganarse su sueldo con un trabajo de verdad. Val y él habían iniciado su amistad en un nivel social similar, pero las cosas cambiaron drásticamente cuando Valentine heredó el título.

lo tras el fallecimiento de un primo lejano que no había tenido herederos directos.

Archie notó un olor acre muy extraño invadiendo sus fosas nasales. Miró a su alrededor olfateando como un sabueso.

–Val...

–¿Sí?

–¿Hueles a humo?

Se miraron algo desconcertados, y casi al mismo tiempo se precipitaron hacia la puerta y salieron casi volando a través del salón principal y después en dirección al invernadero en su afán por encontrar a Jemima, que era la causa más probable de lo que estaba pasando, fuera lo que fuera.

Mientras corría por el amplio invernadero, magníficamente iluminado por grandes ventanales a ambos lados, Archie abrió mucho los ojos al llegar al extremo en el que se había ubicado el laboratorio de Jemima y contemplar con horror la escena que tenía delante.

Jemima miraba la mesa con una sonrisa de satisfacción. Tenía las mejillas llenas de cenizas grises y las gafas le colgaban de una de las orejas, rotas al parecer. El vestido tenía un buen agujero en la parte delantera, lo que hacía sospechar que había sido pasto de las llamas.

–¡Por Dios, mujer! –exclamó sin poder evitarlo, y ella reaccionó mirándolo enfadada.

–¡No necesito la ayuda ni la opinión de nadie, y menos la suya! –dijo con aire de superioridad, pero antes de que él pudiera decir nada, volvió a mirar hacia la mesa que tenía delante–. ¡Maldición eterna! –vociferó, y se acercó corriendo hacia un banco cercano, agarró un almohadón y empezó a intentar apagar con él una llama que, tercamente, no terminaba de apagarse.

Archie no se quedó a observar el espectáculo, sino que volvió sobre sus pasos y salió corriendo en dirección a la cocina. Puede que Jemima fuera capaz de contener las

llamas de momento, pero también cabía la posibilidad de que no lo lograra del todo. Sin pararse a preguntar, agarró una cacerola llena de agua que había junto al fogón, para gran disgusto de la cocinera, que empezó a gritarle obscenidades, y volvió a correr con ella al hombro hacia el invernadero.

Apenas había rodeado la esquina cuando tuvo que detenerse bruscamente para no tropezar con la figura que venía corriendo en dirección contraria. De todas formas no pudo evitar trastabillarse con el dobladillo del largo vestido de la dama.

—¡Señora St. Vincent! —exclamó. El agua osciló violentamente en la cacerola que llevaba sobre el hombro, y estuvo a punto de derramarla sobre la madre de Jemima, que iba vestida como si estuviera a punto de acudir a un evento social vespertino aunque era mediodía—. Si no le importa hacerse a un lado... solo un momento.

—¿Hacerme a un lado? —exclamó la señora, que frenó en seco y se dio la vuelta de repente, con un movimiento tan brusco que estuvo a punto de hacerle derramar el agua. Esta vez faltó poquísimo—. ¿Quién se ha creído usted como para decirme a mí que me haga a un lado, Archie Thompkins?

La miró con el ceño muy fruncido y tuvo que morderse la lengua para no contestar como se merecía. Se detuvo un instante, se cambió de hombro la cacerola y la rodeó como si se tratara de una columna. Ella lo siguió casi pisándole los talones, lo que era de sorprender tratándose de una mujer ya mayor que apenas había realizado actividad física alguna desde que la familia se había mudado a Wyndham House.

Llegó enseguida al invernadero, donde Jemima y Valentine seguían luchando a brazo partido con las llamas, que no se dejaban vencer. Agarró la cacerola con ambas manos, la levantó por encima de la cabeza y arrojó el agua

sobre el fuego, sin preocuparse de que salpicara a los hermanos.

Esta vez el fuego sí que se extinguió por completo.

Archie colocó la cacerola en el suelo respirando entrecortadamente. Después alzó la cabeza y miró a su alrededor para evaluar los desperfectos.

–Gracias –dijo Jemima pasándose la mano por la frente–. Ha faltado poco.

Val se acercó a él y le dio una palmada en el hombro, aunque en ese momento fue la madre de su amigo quien volvió a captar su atención, pues había entrado en el invernadero y no paraba de parlotear como una cotorra.

–¡Y digo yo! –La voz sonó a su espalda, y Archie supo que era la de Albert Lambert, el padre de Rebeca y suegro de Valentine, que estaba viviendo con ellos–. ¿Se puede saber qué diablos está pasando aquí?

–No es nada, padre –dijo Rebeca en voz baja, suave y tranquila. Al parecer había seguido a su padre–. Me imagino que solo ha sido un experimento con consecuencias inesperadas...

Archie se atrevió por fin a echar un vistazo detenido a Jemima. La cinta para la cabeza que siempre le sujetaba la espléndida cabellera rubia no había cumplido su función del todo esta vez, y tenía algunos mechones pegados a la cara, no sabía bien si debido al sudor o al agua que acababa de lanzar. No había rastro de las gafas, y bajo la bata de trabajo, llena de manchas, asomaba un vestido color lavanda con el agujero que había visto antes y también surcado de manchas y humedades. En todo caso, la chica no parecía nada preocupada por el destrozo.

Por el contrario, parecía perdida en sus reflexiones, hasta que algo que había en el suelo llamó su atención. Se agachó, recogió algo que parecía un trozo de pergamino y se quedó mirándolo con mucha tristeza.

–¡Oh, no! –exclamó con gesto de frustración–. Mis notas... ¡están ilegibles! –Levantó la tela que cubría parte de

la mesa, y que parecía proceder de una ventana del invernadero—. No sé si seré capaz de recordar las medidas exactas.

Archie la miró incrédulo.

—¿Te has vuelto loca?

No se dio cuenta de que había hablado muy alto hasta que terminó y todas las miradas se volvieron hacia él. Se aclaró la garganta e inclinó la cabeza a modo de saludo, pese a lo mucho que le fastidiaba hacerlo. Pese a su procedencia, en estos momentos no era adecuado ni tenía derecho a cuestionar de esa manera las palabras o los actos de la joven.

—Lo siento mucho, Jem... señorita St. Vincent, pero... —miró a Valentine en muda petición de apoyo—... pero es que no sé hasta qué punto resulta adecuado preocuparse de unas simples notas cuando toda la casa podría haber quedado reducida a cenizas.

Cuando Jemima se volvió a mirarlo, sus ojos, de un azul profundo, parecieron atravesarlo y llegar al centro mismo de su alma.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo —dijo vehementemente—. Estoy creando fuego, Archie. ¡Fuego! ¿Qué esto puede traer consigo consecuencias inesperadas? Sin duda. Pero si pudiera disponer de mis cálculos, podría determinar qué es lo que he hecho mal, de forma que la próxima vez no...

—¿La próxima vez? ¿Es que va a hacer esto otra vez?

—¡Por supuesto! —contestó ella alzando los brazos al cielo—. Ahora que estoy tan cerca no puedo abandonar.

—¡Si no hubiera traído el agua, esta habitación habría ardido por completo! —afirmó con expresión incrédula, ignorando la mirada de advertencia de Valentine y los ojos entrecerrados de Jemima. Pero alguien tenía que decirlo, y parecía que Val no estaba por la labor de hacerlo—. Debería tener más cuidado.

–¿Qué yo debería? –Levantó las cejas casi hasta la línea del pelo.

–Sí –dijo, aunque dio un paso atrás, inseguro de si había hecho lo adecuado o no. Pensaba que, después de todo lo que habían vivido juntos, a Valentine no se le ocurriría decidir que no podía seguir viviendo con ellos en la casa, aunque la verdad es que uno no podía estar nunca seguro de nada.

–Gracias por tu preocupación –dijo Jemima con una fría sonrisa en los labios–, pero creo que todo va a ir bien. –Dejó de mirarlo y, con un claro gesto de desprecio, se volvió hacia los demás antes de seguir hablando–. Voy a intentar salvar todo lo que pueda, y supongo que habré terminado antes de la cena. Lo siento mucho, Val, Rebeca –dijo, inclinando la cabeza e ignorando a Archie por completo–. No me imaginaba que pudiera pasar esto. Os prometo que la próxima vez tendré más cuidado.

Archie tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para no poner los ojos en blanco. ¡La próxima vez! ¡Maldita mujer, y malditos fueran sus experimentos! No eran más que bobadas, diseñadas para enviarlos a todos a la tumba. Pero parecía que nadie iba a decir nada al respecto... salvo la señora St. Vincent, que en ese momento estaba amonestando a Jemima a propósito de su comportamiento, nada adecuado para una dama. Pensó que el hecho de quedarse allí solo podría conducirlo a pasarse aún más de la raya, así que se agachó, recogió la cacerola para volver a llevarla a la cocina y salió de la habitación sin decir nada.

Archie siempre había pensado que, independientemente de lo alto que llegara la familia St. Vincent en la escala social, nunca se olvidarían de sus orígenes y de quiénes eran en realidad.

Puede que estuviera equivocado.

Capítulo 2

Jemima se mordió el labio y juntó las cejas con gesto de concentración. Igual si añadiera nitrato de sodio a la disolución podría conseguir que...

—¿Jemima?

Alzó la cabeza y miró a su alrededor para ver quién la había llamado.

—¿Sí?

Sus tres amigas, sentadas frente a ella sobre la manta de pícnic, sonreían abiertamente. Celeste Cunningham, su mejor amiga y recién casada, rio con fuerza.

—¿Por qué estás tan distraída, Jemima? —preguntó—. Ya he visto antes esa mirada, y siempre ha sido el preludio de algo brillante.

Pese a que habría preferido seguir pensando en el experimento, Jemima se obligó a comportarse adecuadamente con sus amigas y estar atenta a la conversación. Las miró con una sonrisa de disculpa.

—Lo siento... ¿De qué hablabais?

—De nada importante —respondió Celeste sacudiendo la rojiza cabellera—. Cuéntanos en qué estás trabajando, anda.

—Pues... la verdad es que no sé si la cosa llegará a cuajar en algo de verdadero interés. —No le apetecía compartir con ellas lo que perseguía hasta estar segura de que realmente iba a merecer la pena contarlo.

–No digas tonterías –dijo Freddie, es decir, *lady* Fredericka Dorrington, agitando la mano–. No hay nadie en varios kilómetros a la redonda, y nosotras no vamos a hacerte responsable de tus hipótesis.

Jemima miró a su alrededor y comprobó la veracidad de su afirmación. Estaban sentadas sobre en un parque cercano a Wyndham House, sobre una manta que había llevado Rebeca. Seguramente sería la última vez que se reunieran antes de que todas partieran hacia sus residencias campestres para pasar el verano.

–Muy bien, os lo voy a contar –concedió–. Estoy intentando crear una forma sencilla de encender fuego.

Rebeca torció ligeramente el gesto, y Jemima supo que se estaba acordando de cómo había acabado su último intento.

–Una forma sencilla y segura –completó, poniendo énfasis en el segundo adjetivo–. El otro día... bueno, la cosa se me fue un poco de las manos.

–Por fortuna allí estuvo Archie Thompkins para evitar males mayores –añadió Rebeca, y Jemima puso los ojos en blanco.

–Lo tenía controlado –afirmó, y Rebeca asintió levemente, aunque Jemima captó un amago de la sonrisa que a duras penas pudo reprimir–. ¡Es verdad! –insistió, pero Rebeca se echó hacia atrás apoyándose sobre los codos y levantó los ojos hacia el cielo. El largo y espeso pelo negro cayó hacia atrás, sin ocultar el brillo malicioso de la mirada.

–Las nubes están preciosas –dijo cambiando de tema –. Esa de ahí me recuerda a un caballo con su jinete.

Jemima echó también la cabeza hacia atrás, miró hacia arriba y... solo vio eso, nubes.

–Son cúmulos, concretamente *cumulus humilis* –dijo mirando al grupo de nubes blancas de tamaño medio esparcidas en un cielo muy azul–. Se forman cuando la atmósfera está algo inestable, pero sin que resulte preocu-

pante. Si se hacen más grandes, seguramente habrá tormenta, pero me da la impresión de que no va a ser así. En este momento todo indica que va a seguir haciendo buen tiempo.

Enderezó la cabeza y vio como Celeste se mordía el labio, mientras que Freddie la miraba con los ojos muy abiertos.

—¿Es que no tienes ni el más mínimo rastro de romanticismo en tu mente, Jemima? —preguntó Freddie, aunque con una sonrisa adorable, como si esa característica de Jemima fuera digna de todo su respeto.

La aludida se limitó a encogerse de hombros.

—Mi mente se limita a hacer lo que debe —respondió, aun sabiendo que Freddie se había limitado a utilizar una frase hecha—. Además, no necesito romanticismo en mi vida. Tengo más que suficiente con lo que tengo, así que no necesito un hombre del que preocuparme.

—Eso era lo que yo pensaba también —dijo Celeste con tono melancólico, sin poder evitar ponerse colorada de inmediato—, pero me he dado cuenta de que siempre hay que dedicar tiempo al romanticismo, todo el que sea posible.

Todas rieron, Jemima incluida, aunque ella lo hizo algo forzadamente. Y es que, al contrario que las demás, era la única que aún no había encontrado el amor, la que seguramente iba a pasar sola el resto de su vida, mientras sus amigas, todas ellas, había encontrado el amor de su vida, se habían casado y probablemente pronto estarían esperando descendencia. Bueno, en realidad Freddie ya la tenía, una niña preciosa que se parecía muchísimo a ella.

Jemima se preguntó hasta cuando podrían seguir manteniendo estas reuniones de amigas. De hecho Freddie ya había dicho que pensaba pasar más tiempo en el campo y se había perdido alguna de las reuniones semanales por tener que atender a la nena.

Jemima no se lo reprochaba ni lo más mínimo. Simplemente, la vida de Freddie había tomado otros derroteros, cosa que nunca sucedería con la suya propia.

—¿Y qué hizo Archie para evitar males mayores? —preguntó Freddie de repente, lo que hizo que Jemima se volviera hacia ella bastante sorprendida.

—¿Qué has dicho?

—Habéis hablado de Archie Thompkins —dijo Freddie con tono paciente—. ¿Qué fue lo que hizo?

Jemima no tenía demasiadas ganas de contarlo, y fue Rebeca quien intervino.

—Se fue corriendo a la cocina, llenó de agua una cacerola enorme, la trajo a toda prisa y arrojó el agua al fuego...

—A las pocas ascuas que quedaban —puntualizó Jemima.

—Y estuvo a punto de llevarse por delante a mi suegra en la carrera.

—¿Lo que habría dado por ver eso! —exclamó Celeste abriendo muchísimo los ojos verdes.

—Y casi lo había apagado yo —insistió Jemima.

—Utilizando las cortinas de las ventanas —se quejó dramáticamente Rebeca, y Jemima se encogió de hombros.

—Funcionó.

—Hablando de Archie Thompkins... —interrumpió Celeste—. ¿No es el que va corriendo por allí?

Jemima volvió la vista hacia donde indicaba Celeste con el dedo.

—Sí, es él —confirmó Rebeca sin darle importancia—. Sale a correr todas las mañanas.

—¿Qué sale a qué? —preguntó Celeste arrugando la nariz.

—A correr —explicó Jemima volviendo a poner los ojos en blanco—. Todos los días da diez vueltas al parque corriendo, dice que eso lo mantiene «en una excelente forma física», palabras textuales suyas.